

Serna, Justo, *El pasado no existe. Ensayo sobre la historia*. España, Punto de Vista Editores, 2016, 226 pp.

Por Sergio Cañas Díez
(Universidad de La Rioja
Universidad de Zaragoza)

Si tuviera que sintetizar con una frase el conocimiento que deja la lectura de este libro diría: el historiador no nace sino que se hace. Porque esta obra está destinada en primer lugar a forjar investigadores más o menos jóvenes, más o menos en potencia, que progresivamente van trazando una carrera propia, tomando las riendas del oficio, y afianzando las contribuciones particulares entre el conocimiento general de la historia. No tanto por una cuestión de edad, sino entendiendo la juventud como un periodo intelectual de preparación previo a la llegada de los primeros estadios de la madurez. Esto es, no entendiendo la juventud o la madurez en base a fechas de nacimiento, sino atendiendo a la preparación intelectual, a la voluntad de saber más, y al conocimiento que se extrae solo de la práctica de una labor profesional y de conocer para compartir o criticar distintas experiencias propias y ajenas.

Podemos convenir que habitualmente un estudiante de humanidades, en general, o de historia, en particular, puede superar con bastante éxito académico el *cursus honorum* universitario sin detenerse a reflexionar demasiado de qué se habla cuando se profundiza sobre la disciplina histórica como tal y sobre el oficio de historiador. Puede ser más que suficiente dadas las limitaciones temporales y estructurales de las universidades españolas, con que el alumno o el investigador predoctoral conozca las principales reflexiones de los pesos pesados de la historiografía y les añada las enseñanzas de su profesor o director de tesis. Que a la postre el alumno o el investigador joven no sea capaz de terminar de entender realmente la implicación que esas ideas pueden tener en el ejercicio del trabajo, es decir, no vea la conexión existente entre la teoría y la práctica, cuya relación siempre es bidireccional y está sujeta a adaptación y modificación mutuas, es harina de otro costal y es un aprendizaje que no termina de cuajar hasta finalizar el doctorado. Es una labor que, generalmente y por causas diversas, antes

de ese estadio académico o bien se pasa como una patata caliente de uno a otro docente en aras de terminar el programa de la asignatura, o bien depende de la maestría y del planteamiento profesional de cada profesor. Y todavía, por muy bueno que haya sido el conocimiento en el aula, faltaría el último paso para completar la preparación: el del ejercicio de lo aprendido desde el convencimiento y la demostración empírica de que “la historia no es una disciplina inútil” (p. 57). Una tarea personal que únicamente se puede terminar de aprehender o de enseñar cuando se conoce bien de lo que se habla, mediante el trabajo individual y la dedicación cotidiana.

Así, si un estudiante o un investigador más o menos novel busca un excelente libro de teoría sobre la historia, editado recientemente en castellano, escrito con habilidad, elegancia, pluralidad de recursos y amenidad, y cuyo autor enseñe desde la experiencia que se alcanza en la madurez intelectual –no confundir con la vejez de un historiador “mayor, probablemente achacoso, pero con lucidez” (p. 31), posición que el propio autor rehúye-, no es necesario que se lo piense mucho: este es su libro. No siendo nuestra valoración un criterio válido para recomendar al lector invertir dinero o tiempo ajeno en leer esta obra, no al menos fuera de nuestra esfera sociocultural más inmediata, siempre se puede aludir a los diferentes premios de ensayo que bien el autor ha ganado o a los que este texto ha optado recientemente. Si por otro lado este libro únicamente fuera útil como manual teórico para un historiador en potencia, o para darle frescura a la docencia y no basar solo las explicaciones en los mismos autores clásicos curso tras curso, o tratar de ser un investigador más original y culto, tres buenos objetivos, temo que sería del todo innecesario alargar la lectura de esa reseña. Explicando la estructura formal del libro para adaptar nuestra reseña al esquema que se espera leer –suponiendo que todavía se lean las reseñas dado el poco valor académico y curricular que se les concede- en una revista de historia, podríamos finalizar con solvencia esta reseña.

Lo problemático es que resolviendo de ese modo nuestra reflexión no se haría justicia al contenido de la obra, ni se hubiera explotado todo

su rico contenido. Porque en su amplio abanico de posibilidades, como herramienta útil para el aprendizaje, la investigación y la enseñanza de la historia, el autor es capaz de usar diverso material en beneficio propio. Esto es, en provecho de la historia, de la reflexión y puesta a punto de la disciplina en lo que llevamos vivido de siglo XXI. Una historia en tanto que ciencia humana y social, o elaboración intelectual rigurosa que al menos comparte una metodología científica si entendemos como el autor que la historia “no es una ciencia” (p. 159), se nutre y puede nutrirse de fuentes de distinta procedencia donde lo elevado y lo popular, lo clásico y lo moderno, la ciencia y otras formas de cultura se dan la mano con espontaneidad y acierto siempre que se ligue con raciocinio. Si nos limitásemos a ofrecer el listado de nombres de personajes ilustres que son referentes en sus distintos campos *socioprofesionales*, historiadores, filósofos, periodistas, directores de cine, políticos, músicos, pintores o escritores, de los que el autor se ha valido de algún modo para confeccionar el ensayo, el resultado no podría ser más impactante dado el volumen de lecturas o consultas de otro tipo hechas por el profesor Serna para desarrollar su propio pensamiento. Y no se presentan como un alarde de erudición, algo que está fuera de toda duda dada la vasta cultura demostrada por el autor, sino que se utilizan para reflexionar sobre algún punto del libro, para argumentar, criticar y apoyar alguna idea, o para comparar lo que se interpreta es la historia fuera o dentro del ámbito profesional con lo que el autor propone es la disciplina.

Por sí mismo, el caudal de autores, creadores y obras utilizadas para confeccionar el libro bastaría para alcanzar el propósito de compartir una serie de reflexiones, y dar a conocer una manera de entender y ejercer el oficio del historiador desde una trayectoria consolidada. Pero además en segunda y tercera instancia estas referencias aportan frescura y originalidad a la lectura, y rompen una lanza a favor de la amplitud de miras intelectuales hacia los recursos de los que nos podemos valer para analizar y entender la historia, sin usar de un discurso grandilocuente o manido ni establecer relaciones necesariamente ilógicas en origen. “El historiador se vale de esos y otros testimonios con la misma precaución que de otros documentos,

por ejemplo escritos. Todos son versiones, todos están más o menos sesgados, todos obedecen a intereses particulares, legítimos o no, y todos entrañan algún tipo de afectividad” (p. 62). En ese sentido no se trata tanto de una propuesta rupturista como constructiva en favor de la multiplicidad de saberes producidos por la historia, de manifestaciones intelectuales en cualquiera de sus variantes y formas que resultan útiles y válidos para su conocimiento. Sin que ello pase por eludir otro tipo de fuentes tradicionales. Más bien se trata de conjugarlas con sentido y gracia, en la medida de los recursos y del nivel que cada cual haya sido capaz de atesorar en sus años de trabajo. En palabras del autor: “Hay textos de investigación y los hay de divulgación. Pero hay también otras formas de reflexión y de expresión. De entrada, ninguna de ellas es indudablemente mejor, más noble o más distinguida. Todas son imprescindibles” (p. imprescindibles).

En suma con este ensayo se trata de hacer avanzar la historia como disciplina con actitud crítica pero abierta, sumando elementos que pasen los filtros metodológicos, aupados en lomos de gigantes y autores más o menos clásicos, que están encaminados a convertirse en tales o que son totalmente desconocidos para una gran mayoría de colegas, pero no reduciendo las metas a repetir simplemente lo que ya se ha dicho y puede encontrarse en otro libro. Este tipo de concepción plural y original es otro de los puntos clave de la obra, un elemento que precisamente diferencia este texto de otros ensayos igualmente buenos, como mínimo tan válidos, pero redactados con un tono más clásico y concebidos en épocas pasadas. No pretendiendo sustituir obras clásicas que indudablemente deben ser leídas y se estudian en las facultades, pensemos en *Introducción a la historia* de M. Bloch, *¿Qué es la historia?* de E. H. Carr, o *Idea de la Historia* de R. G. Collingwood, por citar tres ejemplos muy conocidos internacionalmente, sin duda alguna este libro puede figurar como otra lectura recomendada de la misma índole. No solo para especialistas más o menos jóvenes o no tan jóvenes, sino también para lectores y curiosos en general. A ello ayuda el tono correcto que domina todo el libro, la escritura clara y precisa y la mezcla de los registros culto y coloquial en que se ha ejecutado. Incluso hay algunos espacios

para compartir recuerdos y sentimientos de una manera equilibrada, lo que dota a la escritura y al conocimiento de lo que se aprende del necesario componente humano. Un recurso que no suele aparecer en una obra académica, pero que por eso mismo es tan agradecido por el lector.

También es original y motivador el componente de activismo que el autor presenta de manera más o menos disimulada. Que no lo oculta, pero tampoco hace bandera de ello y por ende termina por parecer impostado o afectado. Nos referimos a lo que el libro tiene de manual o guía para una militancia de base por la causa de la historia y del conocimiento, y que usa todas las herramientas a su alcance para explicar y explicarse la realidad mediante el conocimiento histórico. Una grata pero compleja tarea donde no vale resignarse sino oponer la voluntad sin grandilocuencias (p. 122). Un poco al modo de aglutinar el pesimismo de la razón con el optimismo de la voluntad de origen *gramsciano*, tan de moda en los últimos años, pero tratando de explicarlo e interiorizarlo sin subirse a un púlpito, sin elevar la voz y sin pretender causar ningún tipo de efecto más allá del intelectual y existencial. Como alguien que se mira al espejo de modo metafórico y descubre sin tapujos, pena ni gloria su humanidad, es decir, su “condición de arrojado al mundo”, su “contingencia” y su “finitud”, su propia “lucha contra el valor infinitesimal que me define” y que le lleva a “rebelarme contra la falta de necesidad, contra la determinación que me niega, contra la debilidad, la enfermedad y la muerte” (p.43). Básicamente se trata de esa lucha por la vida que nos iguala a todos los seres humanos, tanto sujetos de la historia como agentes pasivos de la misma o investigadores que tratamos de interpretar una realidad pasada que ya no existe y de la que solo nos restan fragmentos. De esa condición humana de la que tanto escribió Baroja, novelista que es muy apreciado por el autor, del sagrado decir sí a la vida a pesar de ella misma que explicaba Nietzsche. Lo cual espolea al lector, independientemente de su condición profesional o intelectual, para despertar ideas propias a la hora de afrontar la existencia además del propio trabajo en el aula o en el despacho, en tanto en cuanto la historia es también un conocimiento útil y práctico dentro y fuera de la academia. No es un mero saber

por el saber o una demostración de títulos, reconocimientos y largos currículos. Si este tipo de discursos no fuera por sí mismo capaz de crear nuevos lectores de historia o futuros historiadores, alerta para la movilización del gremio fuera de la academia, en otras esferas de la realidad, y así evitar que “el interés de los lectores” lo despierten “charlatanes, revisionistas, falsificadores y otros vendedores de quincalla historiográfica” (p. 101).

Formalmente el libro se divide en tres grandes apartados. El primero se titula “El pasado no existe” y a lo largo de sus 20 epígrafes desgrana los fundamentos de la historia. Desde las reflexiones más abstractas sobre la educación, los valores, la generación, el tiempo histórico, la memoria, la pluralidad de conocimientos, hasta las más concretas como son la lectura y la escritura. Una vez explicadas estas bases tanto de manera teórica como por medio de ejemplos prácticos, se pasa a la parte dedicada a responder a la cuestión sobre qué es la historia. Los 14 capítulos que componen esta sección del libro no son tanto una conceptualización al uso como encontramos en manuales clásicos de filosofía de la historia, como una construcción analítica y explicativa que diferencia lo que es o no es historia en relación al modo de investigarla, de los distintos modos históricos de responder a la pregunta planteada y del propio papel que asume el historiador. Para ello se explica la relación dada entre el historiador, la disciplina y los sujetos de la historia, y se corrigen los errores más o menos comunes y tradicionales a la hora de confundir la historia con la profecía o la religión, y cualquier otra forma de concebir la historia bajo un prisma teleológico. Otro de los aspectos importantes es definir el papel del historiador y su relación con el medio sociocultural donde se desenvuelve. En ese sentido destaca una concepción humanista y laica de la historia, contrapuesta a las visiones nacionalistas u otras igualmente gregarias que terminan por diluir la individualidad en base a la identidad colectiva del tipo ideológico que sea, y que tienden a distorsionar el conocimiento por un abuso de la historia en tanto que pasado como factor presente de legitimación política. Por último sobresale una visión pública del historiador, es decir, como un servidor de la sociedad que se sabe parte de ella y no trabaja al margen de la misma. “El elitismo universitario es impo-

tencia, la erudición apabullante es cicatería u ornamentación y a veces el academicismo es un postizo que tapa la incuria" (p. 158).

El libro lo cierra la tercera parte donde encontramos los elementos más personales, por decirlo de alguna manera coloquial, sin salirnos del rigor académico presente en toda la obra. Entre sus 10 capítulos encontramos por un lado una recapitulación que a modo de conclusión sirve para terminar de definir qué significa ser historiador, concebido como una defensa del oficio y una crítica a quienes bajo el pretexto de ejercerlo terminan por derivarlo en otros menesteres ideológicos o como simple boato personal. Además se transcriben tres entrevistas realizadas al autor con objeto de conocer, de dar a conocer, su labor intelectual y profesional al gran público, y una conversación con el también historiador A. Lillo, a la sazón coautor de otro trabajo del profesor Serna, que tuvo lugar con motivo de un acto académico donde se abordaron distintos aspectos relacionados con el contenido general del texto pero que tienen una explicación mucho más directa y práctica – sospechamos que también inmediata – que analítica y teórica. Siendo la parte que por estas características es más dinámica, por el formato de pregunta y respuesta, y en la que el autor se confiesa como un historiador y termina por hacerse todavía más cercano al lector: relata sus procesos de aprendizaje, expone sus pensamientos más subjetivos, y opina de manera fundada sobre algunos de los retos que la historiografía actual tiene por delante y de la que no podemos escapar ningún otro historiador en activo.

En general resulta un libro mucho más fácil de leer y de entender que de explicar, dada la fecundidad de ideas y la cantidad de referencias cuidadosamente seleccionadas que ilustran el tema que se está tratando. Por eso no es posible aludir a todas sino es en base a generalizaciones y claves de lectura como la que hemos ido dando. Escrito con la maestría y la serenidad del que no tiene nada que demostrar salvo un colosal conocimiento fruto de la experiencia y de la dedicación, resalta la coherencia que todas sus partes tienen entre sí y la ausencia de repeticiones innecesarias a pesar de que pudiera parecer que un tema tan concreto y teórico en origen no pudiera dar mucho más de sí sin repetirse o utilizar un esquema más tradicional.

Se trata de un ingenioso mosaico en el que cada capítulo a modo de tesela puede leerse con autonomía, pero que es más gratificante cuando se comienza por el principio y se llega hasta el final. Tal vez la tercera parte sea en ese sentido la más disonante por verse intercalada por otros temas interesantes pero un tanto tangenciales al objeto final, y que pueden romper el ritmo de lectura si se pretende leer de manera seguida. Igual, si se nos permite la sugerencia, se pudiera haber dejado todas las entrevistas y transcripciones en una sección aparte, o agrupadas como un anexo final en vez de intercalarlas entre los capítulos finales para no romper la armonía. A modo de conclusión podemos decir que se trata de un libro de los que crean afición y cantera, y que además de enseñar a los jóvenes investigadores ayuda a afianzar y organizar conocimientos adquiridos por la propia práctica profesional entre los más veteranos.

Sierra González, Ángela (ed.), *Discursos políticos, identidades y nuevos paradigmas de gobernanza en América Latina*. Barcelona, Laertes, 2015, 264 pp.

Por Camilo Herrero García
(Universidad de Salamanca)

América Latina ha sufrido en las últimas décadas toda una serie de cambios sustanciales que afectan a las relaciones entre los diferentes países de la región. Esto ha implicado reconfiguraciones identitarias, culturales, políticas, etc. Uno de los elementos más acuciantes de estos cambios ha sido la necesidad de la inclusión de las minorías étnicas o el empoderamiento de la mujer, siendo unos de los pilares básicos para lograr la plena democratización de todos los ámbitos de las sociedades de las naciones latinoamericanas. En este contexto particular, *Discursos políticos, identidades y nuevos paradigmas de gobernanza en América Latina* es un libro esencial donde se reflexiona en trece capítulos sobre la situación actual de América Latina desde diferentes vertientes.

El primer artículo se corresponde con una aportación de la editora del libro, Ángela Sierra González, titulado "La(s) filosofía(s) de los nuevos republicanismos latinoamericano, los movimientos neo-constituyentes y la unidad pan-